

# Nuevo concepto de residencia universitaria

Por Luis MONTEAGUDO

Nuevos tiempos imponen nuevos fines, que exigen nuevos métodos.

Si con una sola palabra quisiéramos señalar lo esencial de nuestro siglo, ésta sería la "social". El problema social se nos impone a veces como una pesadilla de la que procuramos salvarnos, con frecuencia, de manera trágicamente desacerada, porque buscamos más la rapidez de la solución, que su continuidad basada en el estudio meditado de la esencia del problema.

Como universitarios que somos, traslademos este problema social al ámbito de la Universidad, y examinémoslo sin prejuicios, con mirada amplia, noble y valiente, es decir: como universitarios.

El universitario de hoy es el dirigente de mañana. Ningún fenómeno vivo se estudia de manera exhaustiva solamente en los libros. ¿No hacemos vivir aún lo muerto, cuando lo estudiamos? En física evaporamos, hacemos hervir líquidos, provocamos explosiones, en química vemos cómo los ácidos, al someterlos a ciertas reacciones cambian de color y de temperatura (ni más ni menos que las personas). ¿Por qué no hemos de estudiar vivificándolo, viviéndolo, aquello para lo cual, en mayor o menor grado, todos los universitarios estamos destinados? Estamos destinados a dirigir (1). ¿Por qué no ensayamos el actuar como dirigentes aprovechando los años de universitarios? En ellos, los fenómenos y necesidades vitales se aprecian —si bien con menos experiencia— con más claridad que posteriormente, porque opera uno sin prejuicios, resentimientos, adulaciones o exceso de amor propio, agentes que empañan, como nefastos jinetes del Apocalipsis, la visión del gobernante. De esta forma adquiriremos una intensa solera de nobleza social (factor siempre muy escaso en la clase directora) que por recaer en espíritus juveniles estaría infundida de una fuerte inercia dinámica inicial que velaría por su pujante conservación a través de muchos años y muchos desengaños, y que, en espíritus limpios llegaría hasta su vejez, dejando tras sí una estela de acciones puras que imitar.

Es imperativo actual que nuevas residencias y colegios mayores lleven este enorme y triste vajo. Las residencias— sin aludir a ninguna en particular, ni a todas en general— tienen que dejar de ser fondas más o menos camufladas. Si queremos evitar esto, hay que tener la valentía de atreverse a dar el paso siguiente (y no importa que se carezca de tradición: como hemos dicho, nuevos tiempos exigen nuevos métodos, y alguien tiene que dar el primer paso), los universitarios, por períodos cortos y revsables como los magistrados romanos, y bajo la ins-

deben tomar parte activa y directa en la organización espiritual y material de su residencia. Hasta las fondas ofrecen (o deben ofrecer) a sus huéspedes la posibilidad de colaborar en la organización interna de las mismas, por medio de unos libros de reclamaciones (que ninguna lleva).

Los estudiantes de derecho, deben ser los administradores y los que redacten el reglamento que será flexible, dejando amplio margen al desarrollo de la camaradería y compañerismo juveniles y al cumplimiento de la palabra dada. Ningún médico tendrá nada que hacer en la residencia, a pesar de que la vigilancia médica debe ser continua; para ello están los estudiantes aventajados de los últimos cursos de Medicina. Los de Farmacia y los Físico-químicos darán charlas sobre sus respectivas materias, y serán los que resuelvan los problemas y mejoras de tipo técnico que se presenten a la residencia. Es una vergüenza que tenga que entrar un humilde electricista en un sitio donde hasta con integrales se saben (o debiera saber) resolver los problemas de instalación.

Los filósofos, siempre por las alturas, estudiarán la "filosofía de la residencia", que todo en este mundo tiene su filosofía, si

se la sabe buscar; buscarán la misión esencial y profunda de la residencia, y estarán vigilantes para que la nave no se desvíe de este rumbo; en unión de los químicos y farmacéuticos serán los que planeen las excursiones científicas que, quincenal y gratuitamente se hagan para estudio de las posibilidades científicas y artísticas de nuestra tierra; no tan sólo para merendar al aire libre, jugar un partido de fútbol o sentarse en un café.

Los dos males esenciales de nuestro país son: 1.º carecer del sentido de la perfección; 2.º idem de ídem de la responsabilidad.

En cuanto a lo primero, nos conformamos con un "dar hechas las cosas". Son muy pocos los que se preocupan de corregir sus defectos y mucho menos los que consienten que se los cortijan; resultado: "complejo de falsa sabiduría", y así nos va...

En cuanto a lo segundo, a nada que nos elevamos, nos sentimos superiores a los demás: todos nos creemos con el derecho de mandar y a todos con la obligación de obedecer, pero nunca nos preguntamos si merecemos estar en el puesto que ocupamos. Carecemos del sentido de la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, inherente a todo puesto superior; surge el "complejo del falso superdotado de dotes de gobierno", fenómeno siempre acompañado y agravado por la adulación, que rodea a estos seres como los tuerkos a los cadáveres.

Estos dos males, gravísimos y trascendentes en las clases directoras es necesario ahogarlos al nacer: en la juventud; más tarde, ya lo sabemos...: no se pueden decir todas las verdades...

Y que nadie se escandalice, que nadie intente detener el progreso porque será arrollado por él; lo único que se puede y debe hacerse en este respecto es encauzarlo, inyectándole razón y humanidad. En el extranjero ya empezaron a funcionar colegios en los que son los alumnos los que examinan a los profesores; y todos sabemos, aunque callamos, que en parte tienen mucha razón.

Qui habeat aures audiendi audiat.

(1) El universitario no debe desperdiciar un sólo momento en su formación.